

Laura Restrepo
Olor a rosas invisibles

Mario Javier Pacheco García

Crítica semiótica

Introducción

Somos palabra porque somos ideas, sueños que se cristalizan, se rompen en fonemas y se rearmen en sintagmas. Comunicación de múltiple vía entre el yo y los demás, y las cosas, y las vivencias. Somos palabra, esencia y núcleo que nace con el primer vagido y no muere con el muerto; que está en nuestras vísceras, sin tomarle distancia, porque nos es inherente y la degustamos y sufrimos diariamente.

La palabra es el instrumento de Laura Restrepo y Laura Restrepo es instrumento para las palabras en el cuento *Olor a Rosas Invisibles*, que pretendemos, con escalpelo estudiantil, auscultarlo y escarbarle su razón de ser, de donde viene y porqué se unió con otras palabras para convertir los sintagmas en oraciones y mensajes echándonos a la cara un cuento burgués, una revolucionaria, y porqué nos lo cuenta de la forma que lo hace.

No siempre el cuerpo/libro sobre la pantalla/mesa/cama descubrirá lo que queremos y entonces acudiremos a lo externo, a las influencias que bombardearon lo universal y llegaron hasta el color del tapete de la sala de la novelista y que seguramente dejaron manchas, marcas en el cuento.

Trataremos de bucear en el relato formas y mensajes, y tras ellas la personalidad de quien siendo creadora fue escogida por la trama del cuento para crearse, para ser escrito, y plasmar la aventura de su esencia en la esencia del cuento; las circunstancias que la utilizaron para meterse y forjarse en sus sueños y tempos y finalmente insuflaron vida, sobre el sonido de vajillas de guerra y de amor, a *Olor a rosas invisibles*.

Crítica semiótica

Olor a rosas invisibles es un rosario de palabras cuya simbología adquiere valores singulares en Laura Restrepo, significantes que entrega a los lectores esperando acercarlos a su propio significado y que llevan implícitas las circunstancias y coyunturas del entorno que pudo señalar rumbos al cuento durante el proceso de creación.

Laura Restrepo es bogotana, nacida en la mitad del siglo XX, y por lo tanto habitante de la etapa en la cual el país marcado por el tercermundismo se transformó en el país tercermundista con marcas de los países desarrollados. Vivió el inicio de la televisión en Colombia y su paso del blanco y negro al color y de los armatostes de tubos a la simplificación de los chips. Vivió el fermento de la violencia de las derechas partidistas disfrazadas de cachiporros, pájaros, bandoleros y chulavitas y el nacimiento de los grupos guerrilleros, en especial del M19 de su corazón y de la comisión de Paz, Diálogo y Verificación, que la tuvo por miembro, cuya experiencia plasmó en Historia de un entusiasmo, que fue después Historia de una traición.

Laura Restrepo, exilada para resguardar su integridad y su vida, supo del surgimiento de paramilitares, pepes y narcos, y de la historia de presidentes vestidos de camuflado que practicaban tiro sobre animales en vías de extinción, que al regreso visitaban prostíbulos para exacerbar el machismo de la doble puntería; vivió el viaje a la luna y el avance intervencionista de Estados Unidos en casi todos los países del mundo, desde la Alianza para el progreso y Cáritas hasta la invasión a Afganistán y la visitas de Kennedy, De Gaulle, Pablo VI.

Supo de su Bogotá admirando por décadas a Rojas Pinilla por los tres puentes y la Avenida El Dorado y encarcelar a sus nietos por la misma avenida. Vivió a Chávez y su socialismo Siglo XXI, como colofón a su viejo troskismo y como paradoja a su título de la Universidad de Los Andes, cuando los andinos ponían presidentes. Restrepo es periodista, ensayista y novelista, premio Alfaguara por Delirio, y galardonada desde 1997 en múltiples ocasiones en Colombia y el extranjero. Una pluma cuidadosa, cuyos antecedentes personales nos hacen intuir una literatura con propósito,

Encontramos en los primeros renglones del cuento un metaplasmo que incluye apócope y síncope en Luicé Campoce y en la misma página, tropos como el espejear de los cerros y el arrinconamiento “del ratón hambriento que desde hacía un tiempo roía el queso blando de su memoria” que no solo dan fe de la fluidez y

audacia de la pluma, sino que invitan a la reflexión semántica y por lo tanto a alejar la palabra para diseccionarla y realizarle autopsia, no por cadáver sino por demasiado viva, amarrarla a la camilla del análisis ante la imposibilidad de mantenerla inmóvil; debe abrirse viva.

El personaje central Luicé es hombre próspero y maduro que sufre del síndrome de la vejez psíquica que en ocasiones es más evidente que la física, aunque en el protagonista del cuento parecen correr las dos vejeces paralelas. Vive en Roma, tan autoritario y dueño de sí, que con un solo ademán impide que su secretaria le interrumpa su hacer nada, no importan las urgencias del tema que traía, porque la charla que tuvo por teléfono cambió sus prioridades instantáneas.

El narrador es amigo juvenil del protagonista que se enriqueció, y que por haber empobrecido él, pudo -paradoja literaria- admirar, ser testigo y escribir las intimidades de su compañero de confesiones íntimas, amigo de tinto y trago en el Automático, café capitalino frecuentado por León de Greiff y los intelectuales de la transición de los 70 a los 90, confidente de aventuras sexuales imaginarias o reales con mujeres que despertaban la codicia y la imaginación de los contertulios, y que ahora narra para todos, deteniéndose cuando Luicé, decide obedecer la orden perentoria que le da Eloísa, para reencontrarse en Nueva York. La chilena había despertado un amor de idilio cuarenta años atrás, con amables huellas que trasmontaron el tiempo en los amantes, pero solo en el recuerdo, porque el espejo y los achaques mostraban el transcurso de los años. Luicé puso barreras y justificaciones que siempre derrumbó por el recóndito deseo de volverla a ver. Un encuentro que a través de los años no se habían atrevido a concretar.

Los protagonistas son burgueses acomodados, de vida tranquila sin sobresaltos, y seguramente criticada por los militantes de la izquierda armada beligerante a la que perteneció la escritora y que paradójicamente contó entre sus líderes a representantes de la más rancia aristocracia colombiana.

Laura Restrepo, la chavista bolivariana es, ella misma, de cuna privilegiada social y económicamente por la fortuna, de ahí que no sea extraño encontrar en su intratextualidad muchos personajes de su misma clase, como Agustina en "Delirio", novela que le valió el premio Alfaguara en Madrid 2004, Agustina es una mujer con trastornos mentales esporádicos, perteneciente, como ella a una familia adinerada y poderosa, quien por spleen y tedio abandona su casa y se une a Aguilar, profesor universitario que al ser despedido se dedica a repartir comida para perros.

En Olor a rosas invisibles, los personajes se conocieron en un viaje al Nilo, él vive en Roma y ella en Suiza, ella es chilena y él es colombiano, ingredientes que los convierten en iconos de la alta clase social, alejados de la clase media, trabajadora y proletaria cuya bandera enarbola la escritora. Con estos mismos ingredientes se adorna frecuentemente a los personajes de novela rosa de Corín Tellado, así que habrá que escarbar hasta donde gana la dialéctica de la contradicción en Restrepo, porque uno pudiera considerar, en los inicios del cuento, que se pretende hacer lo que Cervantes hizo con los libros de caballería dando vida al Quijote.

Si lo hace describiendo achaques de gota y ataques obsesivos por un color de pelo en el salón de belleza, logra su objetivo, pero al lector desprevenido no le parece más que la espléndida narración de una pareja vespéral con ganas de resucitarse en ellos mismos, comulgando con el pasado.

Luicé, que perdió por ese amor la oportunidad de graduarse en el London School of Economics de Inglaterra, y tuvo que conformarse con el “modesto” título de economista de la Universidad Javeriana de Bogotá, hace esfuerzos por recordar, atravesando el tiempo, cómo era ella, Eloísa, su amor de hace cuarenta años, busca un olor, un color, antes de que se produzca la reunión que le genera la expectativa, pero lo único que recuerda es lo bien que se sentía con ella.

Una mirada a la foto familiar sobre el escritorio lo describe como hombre de hogar, estable, sin inclinación a la experimentación, ni a lo desconocido. Laura Restrepo se regodea en la descripción de los ingredientes burgueses de la familia de Luicé, las recetas de Il Talismano della Felicità, los adagios de Albinoni, el cuadro, original de Fernando Botero y la música de Strauss y Tchaikovski entre muchos otros detalles.

El encuentro a las seis de la tarde en el gate 27 sección G del aeropuerto internacional de Nueva York, ella con un vestido lila para que pudiera reconocerla y los inconvenientes del retraso por la tintura del pelo, que le preocupa a ella, más que el mismo encuentro, son parte de la esencia burguesa que envuelve el relato.

El párrafo de enumeración in crescendo que comienza “Hubiera querido seguir así, contemplándola sin ser visto es muy bien logrado, refleja fielmente la ansiedad de Luicé al creer que la hija de Eloísa era ella misma. Y que demuestran que Restrepo es una narradora exquisita, conocedora de la condición humana, que nos permitió, junto a los protagonistas, recorrer el tiempo hasta el recuerdo